

JAIME SEMPRUN

El abismo  
se repuebla

## PRÓLOGO

*EL ABISMO SE REPUEBLA* es un libro que marca un punto de inflexión en el pensamiento crítico revolucionario, cerrando una etapa de balance que debutó con la revista *Encyclopédie des Nuisances* (EdN) y el libro de Debord, *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*. Constituye un nuevo momento de la reflexión teórica coincidente con la entrada en una época oscura donde la sinrazón ha llegado a su punto más alto: la destrucción del medio obrero, la entronización de una sociedad de masas, la globalización de los mercados y el salto tecnológico hacia adelante tienen su correlato en el descenso abrupto de la crítica social hasta casi su práctica desaparición. Se ha alcanzado el grado cero de la conciencia histórica, el ser social ha sido completamente demolido por la seudofilosofía posmoderna y la ausencia de perspectivas es el mal común de los conflictos contemporáneos. Lo existente va siendo administrado y controlado institucionalmente mientras es colonizado y transformado por la mercancía. El triunfo del capitalismo obliga a un

nivel de lucidez fuera de lo común sin el cual las luchas venideras, sin referentes, girarán en torno a sí mismas y se consumirán en el fuego de la desmoralización. La victoria completa del capitalismo coloca al pensamiento crítico en el lugar ocupado anteriormente por la lucha de clases. Nada es posible sin una vuelta a la teoría, que siempre será una teoría para la acción. La realidad ha de realizarse en el pensamiento pero no abolirse en él. Por lo tanto no se tratará en absoluto de un repliegue en la pura especulación, sino de un contraataque cuya primera fase es reflexiva.

Jaime Semprun aspiró siempre a restablecer el gusto por la verdad en la sociedad de la falsificación. Para eso, daba una patada al hormiguero de la resignación unánime y fustigaba con rudeza los espejismos ideológicos con que los dueños del mundo y la falsa oposición intentaban justificarla. Decía cosas desagradables que nadie quería escuchar, pues en un mundo puesto del revés casi todos intentan ignorar la realidad, prescindir de la razón, disfrutar de la inconsciencia, huir de la historia. La actitud desafiante de Jaime le valdrá acusaciones de derrotista ilustrado, conservador elitista, intelectual crepuscular, antisituacionista... Con Orwell, un ejemplo a seguir, hicieron peor. Y al igual que él, Jaime tomó partido contra la dominación sin hacer la más mínima concesión ni permitirse la menor

escapatoria. En un momento en el que la humanidad se alejaba de sus bases racionales Jaime reivindicaba la razón, actuaba «en nombre de la razón», pero no como esteta de la libertad o como intelectual de la decadencia, sino como atizador de los rescoldos de una hoguera que esperaba reavivar. Su apoyo, por ejemplo, a la insurrección de los *aarch* en Argelia, confirma esa actitud. En realidad sus palabras reflejaban un realismo y una profunda radicalidad que no dejaba sitio para ilusiones, la única forma de abrir horizontes y dar una base sólida a la práctica revolucionaria. Sus conclusiones, siempre en el filo de la historia, no autorizaban un optimismo sin sentido, pero tampoco obligaban al pesimismo. Jaime escribía para cambiar el mundo, no para acomodarse a él. El problema es otro. Como indica Horkheimer en *Hacia un nuevo manifiesto*, al paralizarse el movimiento real que suprime las condiciones existentes, al desaparecer el sujeto histórico («el partido»), quedaría cancelada la razón básica de la teoría y se trabajaría hacia lo incierto. Ante una deriva catastrófica sin sujeto, la tentación de atrincherarse en lo negativo y convertir la crítica en un fin en sí es un hecho, pero la finalidad de Jaime desde que fundó la EdN siempre fue otra, la de forjar una corriente crítica que supiera encontrarse con las fuerzas que se originasen en las luchas del fin del mundo. Lo que pasaba es que,

«Tentacular y devoradora, desfigurada por la contaminación, la capital de la miseria absorbe ciudades enteras a medida que se extiende. ¿Es todavía administrable la mayor megalópolis del mundo? Hace ya mucho tiempo que el sueño industrial se ha tornado pesadilla. [...] Cientos de miles de sin techo viven en las calles, durmiendo donde pueden. Se matan entre ellos por un cuchitril cualquiera, por cualquier rincón bajo los nudos que forman las autopistas. [...] Sao Paulo no es una ciudad del tercer mundo. Desde muchos puntos de vista es incluso, con un crecimiento económico anual entre cuatro y seis por ciento, una ciudad excepcionalmente rica que concentra las principales rentas del país. [...] Según una encuesta oficial, “en el año 2000, el grupo social más importante será el formado por cuatro millones de adolescentes salidos de los barrios pobres, mal alfabetizados, subalimentados e inadaptados al mercado de trabajo”».

*Paris-Match*, 20 de febrero de 1997

## I

HABLAR DEL MUNDO ACTUAL como de un cadáver en descomposición no es un fácil recurso retórico. Es una imagen, pero una de las que ayudan *a imaginar con precisión*: reteniéndola en la mente, se distingue mejor lo que se tiene ante los ojos, y toda clase de fenómenos, incluso los que resultan bastante desconcertantes, se vuelven inteligibles. En el primer lugar figura el sentimiento universal de la inutilidad de cualquier tentativa de conocer de manera científica y detallada el funcionamiento de la sociedad mundial. A nadie le interesa saber cómo funciona esta exactamente, excepto a aquellos que cobran por elaborar simulaciones teóricas; de entrada, porque la sociedad ha dejado de funcionar. No es plausible la anatomía de una carroña cuando el estado de putrefacción difumina sus contornos y confunde sus órganos. Llegada la situación a ese punto, parece que haya cosas mejores que hacer como, por ejemplo, alejarse de ella en busca de una brizna de aire fresco para respirar y recobrar el sentido, o si no,

ya que la mayoría no tiene otra escapatoria, atrofiar la percepción del hedor de tal forma que al final todos se adapten a él, y hasta se diviertan y fascinen ante tanta, tan variada y tan cambiante descomposición, ante tanta fermentación inhabitual y ante tantos gorgoteos lúdicos hinchando con su exuberancia la carroña social. Exuberancia respecto a la cual, los restos esparcidos de vida real que han sobrevivido en las costumbres son de una estabilidad tan aburrida que hace falta ser un conservador y un reaccionario atemorizado por el cambio para osarla defender. Desde luego, no hay organismo vivo que resulte tan sorprendente, inédito y *laberíntico* como el que resulta, en un corto espacio de tiempo, de su putrefacción.

Además, la avanzadísima corrupción, mezclando y desfigurándolo todo, es responsable de que en las páginas de los periódicos salgan *collages* muy sugestivos, *cadáveres exquisitos*<sup>1</sup> alegóricos del final de una civilización. Así pues, al leer en un periódico que los dirigentes de la Ucrania chernobilizada completan la destrucción de la población autóctona vendiendo a unas multinacionales productoras de pesticidas el derecho a ensayar

---

1 «Cadavre exquis», juego surrealista inventado en 1925 consistente en que cada participante escriba su parte en una frase sin saber nada de lo que hayan escrito o vayan a escribir los demás (N. del t.).

## II

EN ESE MISMO PREFACIO, no publicado, de *Rebelión en la granja*, Orwell observa que la censura de la que habla no implica necesariamente una interdicción formal, y que la libertad es, entre otras cosas, la libertad de decir a la gente lo que no tiene ganas de escuchar. Con la variedad inaudita de informaciones desfilando ante ella, cabría suponerla dispuesta a escuchar cualquier cosa, tan indiferente al desagrado como al interés. Pero en seguida nos daríamos cuenta de que son muchas las cosas de las que no se quiere enterar y de que es bien capaz, cuando a pesar de todo estas llegan a sus oídos, de transformarlas en meras hipótesis a tomar en consideración entre muchas otras con el fin de inmunizarse contra la verdad, acostumbrando la mente a absorberla sin reaccionar. Un perfecto ejemplo de ello lo proporcionaba un informe de un programa de televisión que se servía de una «película de anticipación» para ponderar la acción de una multinacional del ecologismo, mostrando lo que sucedería «en el año 2000



y más» si ella no estuviera: «Eso es precisamente todo lo que el mundo teme. Más o menos identificamos el porvenir con esa avalancha de porquerías escupidas al cielo, con las sustancias verdosas que escapan por las cloacas, con los fangos nauseabundos, con el aire irrespirable y con las aguas turbias» (*Le Monde*, 9-10 de junio de 1996). Lo destacable en la circunstancia que nos ocupa es que las imágenes utilizadas eran las de catástrofes *que ya habían ocurrido*, con la idea de que el telespectador sacara la conclusión de que esa «degradación inexorable del medio ambiente» podría muy bien producirse *algún día* en el futuro.

También hablaba Orwell de «la intuición que, bien unos o bien otros, tenemos de una pérdida irremediable de humanidad en beneficio de una barbarie de nuevo cuño». Tras gozar de éxito entre los intelectuales y el mundo de los medios de comunicación, el término barbarie se aplicó a un guirigay de hechos y conductas que desmentía de forma contundente el ideal de pacificación social de la democracia basada en la mercancía. Pero ¿dónde está ese ideal, no digamos realizado, sino solamente presente, aunque solo fuera como ideal? Mejor dicho: ¿en qué lugar no ha hecho el ridículo más espantoso? Su versión local, la pobre «Unión Europea», ha de afanarse en controlar el flujo de tóxicos que la recorren de un lado a otro (al parecer

### III

REMEMORANDO A FARGUE, BERNANOS escribía: «estamos en el umbral de este mundo, la puerta aún no se ha cerrado detrás de nosotros». A quienes vivieron cuando «la gruesa puerta giraba sobre sus goznes» y presintieron la próxima inmersión dentro del mundo esterilizado de la simplificación técnica, probablemente les costaría imaginar una representación exacta del envilecimiento de las mentes que dicha inmersión iba a provocar. Sin embargo, hubo algunos que señalaron ciertos rasgos esenciales, como, por ejemplo, el citado Bernanos, o Lewis Mumford, en el capítulo sobre «el hombre posthistórico» de su libro *Las transformaciones del hombre*, o incluso Adorno, apuntando que la tecnificación erosionaba el «núcleo de experiencia» de los comportamientos preutilitarios, es decir, la propia base de la capacidad de juzgarla: «No se hace justicia al hombre moderno si no se es consciente de todos los daños que no paran de causarle, hasta en sus inervaciones más profundas, las cosas que le rodean... En

los movimientos que las máquinas exigen a quienes las hacen funcionar ya está presente la brusquedad, la insistencia a golpes y la violencia que caracterizan las brutalidades fascistas». Estas observaciones sobre la propagación de la brutalidad debida a las exigencias de la vida mecanizada llevaban lejos y mira por dónde *hemos llegado ya* a ese lejos. Hace quince años otro testigo verídico se percató en una ciudad italiana devastada por el automovilismo de lo siguiente: «Nada transmite mejor el sentimiento del medio criminógeno y del desierto del alma que ese amontonamiento de envolturas metálicas habitadas por muecas humanas, por condenados al suplicio, en el que se ha convertido lo que llamaban *calle*. Cada coche es un proyectil que ha sido disparado, por tanto, es una guerra permanente, estúpida, sin finalidad».<sup>5</sup>

Hablar de guerra no es ninguna exageración, si nos paramos a pensar en los millones de muertos causados por la circulación de automóviles y en toda clase de males que la acompañan: ciudades y zonas rurales trituradas, paisajes arrasados, etc. Esta guerra ha conformado un tipo humano particularmente representativo que con solo mirarlo se comprende el significado de la expresión *hombre totalitario*. Ejemplo de aquello

---

5 Guido Ceronetti (N. del t.).

## IV

LOS BÁRBAROS NO VIENEN, pues, de una lejana y arcaica periferia de la abundancia mercantil, sino de su mismo centro. Todo aquel que conserve algo intacta la sensibilidad reduciendo todo lo posible la relación con las técnicas de la vida alienada se convencerá de ello con solo relacionarse un instante con quienes fueron formados y deformados desde la infancia por el aparato de la pauperización, ya que se encuentran tan lejos de la naturaleza como de la razón, característica que hace reconocible la barbarie. Estos lisiados de la percepción, mutilados por las máquinas del consumo, inválidos de la guerra comercial, lucen sus estigmas como condecoraciones, su enfermedad, como uniforme, y su insensibilidad, como bandera. Así, de ciertos adolescentes de catorce o quince años que se desplazan en pandillas por el metro parisino emana algo parecido a lo que antaño concretamente desprendía la virilidad cuartelera (militares, deportistas, militantes de movimientos totalitarios): nos referimos a

un fuerte perfume a linchamiento. Curtidos en el contacto con su entorno técnico, acostumbrados a recibir *órdenes* constantemente de él, los que han crecido bajo los golpes y los impactos de las «sensaciones fuertes» producidas industrialmente se apresuran en hacer gala de una dureza aún peor, propia de personas sin escrúpulos, de acuerdo con el modelo de los héroes de nuestro tiempo, los más duros entre los duros, a saber, los señores de la guerra económica, indistintamente policías o gánsteres, ejecutivos de empresa o los jefes mafiosos. Contemplando a estos militantes del totalitarismo mercantil y de su dinamismo sin finalidad, nos viene a la memoria lo que decía Chesterton del eslogan nietzscheano «Sed duros», que, en realidad, significaba «Sed muertos».

Tal vez alguien se extrañe de tales palabras y las encuentre muy exageradas, ya que existe una censura casi total sobre el asunto; por censura no entendemos que los hechos se oculten o se nieguen, sino que, una vez admitidos, se retoquen siempre para adaptarlos a interpretaciones tranquilizadoras y, por último, edulcorarlos para que pierdan todo significado. De modo que se podrá objetar que la brutalidad de los comportamientos juveniles no sea más que una nueva forma del viejo conflicto generacional apenas más agudizada o, incluso, que muchas veces se trate de la expresión

## V

EN 1908 JACK LONDON describía en *El talón de hierro* lo que podría ser, en un futuro cercano, un capitalismo dirigido por una oligarquía que, presionada por las necesidades de su lucha contrarrevolucionaria, se hubiera liberado de todas las trabas de la antigua legalidad democrático-burguesa. Desde los años veinte, el libro se leyó como una premonición del fascismo, y no sin razón, ya que este estaba recurriendo a todos los medios descritos por London: provocaciones, manipulaciones, asesinatos, terror de masas, etc. Sin embargo, la hipótesis de London no perdió vigencia con el fin del *estado de excepción* fascista. Muy al contrario, desde entonces se ha comprobado que el empleo de ciertos medios del fascismo podía combinarse con el mantenimiento de formas democráticas. No obstante, había un aspecto de la dominación oligárquica descrita por London que no existía en el fascismo que, muy al contrario, buscaba la apariencia de la unidad social, aspecto que hoy día es de una importancia crucial: la ex-

pulsión a los confines de la sociedad de grandes masas de población a las que se dejaba, literalmente, *podrirse* en la indigencia material y psicológica. Ese «pueblo del abismo»,<sup>14</sup> amontonado en los guetos de las ciudades americanas y en las chabolas del Tercer Mundo, pero también en los «suburbios» franceses, hasta hoy, en concordancia con lo que London había anticipado, se ha visto condenado a revueltas esporádicas y desesperadas, mientras que la oligarquía, por su cuenta, «sacaba orden de la confusión» y establecía «sus fundamentos y sus cimientos sobre la podredumbre misma».

Según los propios términos de London, «la horrible imagen de la anarquía» es «puesta constantemente ante los ojos» de los integrados y de los sumisos, a fin de que «el temor cultivado a propósito les obsesione». Pero, mientras que en *El talón de hierro* solo los miembros de la oligarquía quedaban «convencidos de que su clase [era] el único sostén de la civilización», en la realidad actual la frontera entre jefes y subordinados es mucho más fluida e inestable que en el esquema londoniano: dicha frontera va siendo cons-

---

14 Expresión debida a H. G. Wells para nombrar a la legión de parias relegados a los márgenes de la sociedad por la industria y mantenidos allí por la plutocracia (a la que London denomina «el talón de hierro»). London describió con crudeza su condición en un libro anterior editado en castellano con el título de *Gente del abismo* (N. del t.).